



Mulatos y negros en las fronteras de la Independencia

Antonio García de León

Mulatos y negros en las fronteras de la Independencia

Antonio García de León

COLECCIÓN **MIRADAS** A LA HISTORIA

Directora de la Colección: Elisa Speckman Guerra

Diseño, formación y portada: Ónix Acevedo Frómata

Revisión del texto: Carlos Mapes

Impresión: Estampa Artes Gráficas

Primera edición: 2021

Edición en PDF: 2025

D.R. Antonio García de León

D.R. Academia Mexicana de la Historia

D.R. Estampa Artes Gráficas S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-8740-22-2

Imagen de portada: Composición digital a partir de un cuadro anónimo de castas de la colonia, siglo XVIII. Museo Nacional del Virreinato.

Foto: Archivo Fotográfico Manuel Toussaint, UNAM-IIE

MESA DIRECTIVA DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

Javier Garcíadiego Dantan (Director), Gisela von Wobeser (Censora),
Rodrigo Martínez Baracs (Secretario) y Elisa Speckman Guerra (Tesorera)

COMITÉ EDITORIAL DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

Virginia García Acosta (Presidenta), Araceli Almaraz Alvarado, Felipe Castro,
Carlos Illades, Cynthia Radding, Antonio Rubial García,
José Antonio Serrano Ortega, Elisa Speckman Guerra y Gisela von Wobeser

Esta obra se realizó con el subsidio de la Subsecretaría de Educación Superior de la Secretaría de Educación Pública.

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reeditada, reproducida en forma electrónica o impresa, fotocopiada o utilizada con fines de lucro sin autorización por escrito de los editores y/o del autor.

Impreso y hecho en México

Índice

Presentación	7
Castas y mestizajes	11
Un ejército colonial tardío	23
Frontera de guerra	30
Pardos, morenos y esclavos en la guerra de independencia	41
A manera de conclusión.....	59
Notas	62
Referencias	65

Presentación

DURANTE EL MEDIO SIGLO que precede a la independencia, la importancia del trabajo esclavo y su demanda disminuyeron drásticamente, mientras que aumentó la integración de los negros y mulatos en las capas populares de diferentes regiones del país. Es más, un origen cada vez más lejano en el tiempo, dificultaba ya que se considerara “africanos” a estos negros y mulatos novohispanos, pues sus propias preferencias identitarias los acercaban más a los diferentes sectores de la sociedad local –en especial, dentro de la minoritaria “república de los españoles”, y, posteriormente, como parte de la plebe tardocolonial– que a cualquier reivindicación de sus raíces en otro continente. Asimismo, la propia variedad de contextos en que se desarrollaron impide referirse a ellos como un grupo social e identitario homogéneo.

Considerando el periodo de la lucha por la independencia y los conflictos y crisis que llevaron a la guerra civil, insistimos aquí en el papel que jugaron las

políticas borbónicas de militarización y defensa, las cuales, sin proponérselo, integraron paulatinamente a los negros y mulatos libres a una estructura que les dio creciente libertad, poder y autonomía, sobre todo a partir de las compañías milicianas creadas con fundamento en las reformas que inició José de Gálvez en 1767 y en la preocupación imperial por la defensa militar contra las acechanzas de los imperios enemigos. De participar en las tropas leales a la Corona, se pasó inadvertidamente a la insurgencia abierta, dependiendo de las regiones y de las condiciones previas con respecto a ciertos privilegios y obligaciones, hasta diluirse todo en la guerra civil que liberó al naciente país de las ataduras coloniales. Incluso la situación misma de quienes permanecieron en la esclavitud fue muy disímil, y requiere un tratamiento económico, particular y de conjunto. Lo cierto es que para fines del periodo colonial la esclavitud estaba presente en muy pocos escenarios y representaba más una supervivencia antieconómica que un sistema coherente de relaciones. Poco antes de la independencia, los negros y mulatos mexicanos ocupaban posiciones diversas, con algunos privilegios en la defensa militar del reino, y muy pocos dudaban de su lealtad a la “verdadera fe” y al orden imperante: un sistema cuyo control pasaba de los peninsulares a los criollos y que en gran medida sobrevivió a la independencia. Es más, su integración a los diferentes espacios y contextos era tan exitosa que resulta difícil distinguirlos como un grupo social aparte.

Una conclusión de todo tiene que ver con el fin de la esclavitud; con las últimas rebeliones de los esclavos en los ingenios azucareros de Morelos, el valle de Toluca y Veracruz, y con la forma como la visión liberal, al borrar las diferencias de “casta” asociadas al orden colonial en aras de la ciudadanización, invisibilizó también las diferencias étnicas y las particularidades de los grupos sociales anteriormente mantenidos al margen de muchos de los beneficios del sistema. Negros, indios, mestizos, mulatos y personas de otras categorías son ya, muy tempranamente, considerados “mexicanos”.

Sin embargo, la creación de los mitos nacionales y de una historia oficial destinada a conformar la nueva nación se basó en la idea criolla de la doble raíz nacional hispano-india, que expulsó para siempre el aporte africano del paraíso en el que se conformaba la nueva “raza cósmica”. El mestizaje hispano-indio fue también el gran *leitmotiv* del nacionalismo emergente y la utopía liberal, altar donde se sacrificaron muchas de las diferencias étnicas y regionales realmente existentes.

Podemos decir, sin embargo, que en las últimas décadas ha habido, a pesar de que se habla de un menosprecio y olvido historiográficos, un creciente interés por el papel de los negros, mulatos y sus mezclas en el México colonial, así como en las poblaciones que todavía muestran sus rasgos distintivos hasta el presente. Sin embargo, esta nueva emergencia del tema –muy limitada a lo monográfico, a la esclavitud sin más y a

muchos estudios de caso aislados– se halla también inmersa en lo que podríamos llamar “una selva de mitos”, una tupida espesura donde no solamente permanecen áreas oscuras y desconocidas, sino también en la cual la luz excesiva suele a menudo oscurecer muchos detalles. Varios lugares comunes provienen –como veremos– de los prejuicios que surgieron en el seno de la propia sociedad colonial o en la conformación del mito nacional posterior a la independencia, y se mantienen hasta hoy. Otros son ilusiones y malentendidos que se han generado en las últimas décadas, paradójicamente, como producto de un mayor conocimiento de varios aspectos particulares del asunto.

Éste es, entonces, un intento de iluminar la situación de los grupos sociales diversos en cuestión, quienes, con una conducta muy activa, participaron en la emancipación de México y en las luchas al cabo de las cuales se creó un país que se imaginaba en nuevas circunstancias de esperanza e igualdad.

Castas y mestizajes

LA PARTICIPACIÓN EN LA GUERRA de independencia de México que tuvieron “negros”, “mulatos” y otras denominaciones recibidas por los descendientes de quienes fueron traídos a la Nueva España como esclavos desde el África subsahariana ha estado, en gran medida, desatendida por la historia oficial posterior. Más allá de la lectura que se hizo de este movimiento y de la construcción de la nación en dicha historia oficial, al hablar de ellos se ha insistido más en los sectores minoritarios que permanecieron en la esclavitud –supuestamente de manera pasiva– hasta ser abolida ésta por los ejércitos insurgentes y los primeros gobiernos nacionales. La conciencia criolla, materia prima en la construcción de la idea de nación, ocultó gran parte de la apreciación de la sociedad virreinal al reducirla a una contradicción única entre la evocación romántica del pasado prehispánico y los aportes de la cultura peninsular y católica, sin considerar las complejas realidades del mestizaje

–sus territorios de frontera–: étnicas, raciales, políticas, económicas, militares y geográficas.

Pero en otro sentido y salvo por algunas excepciones, la participación de los “afrodescendientes” en esa revolución ha sufrido también un tratamiento parcial y al margen de la realidad social, al resaltarse a veces el papel jugado por ciertos “héroes” evidentemente “de origen africano” –el general Vicente Guerrero o el cura José María Morelos son los ejemplos más socorridos–, como si éstos hubieran sido los líderes de una comunidad identitaria aparte o los portadores de una supuesta conciencia racial reivindicativa y exclusiva de los negros y mulatos novohispanos.¹ Semejante mirada sin duda se remite a una absoluta falta de comprensión de la forma como este grupo, que no era para nada extraño al cuerpo social de la época, se hallaba inserto y muy integrado en los diversos espacios regionales y sociales de la Nueva España. Sus orígenes africanos estaban muy atrás, a veces a más de tres generaciones, y era una población muy heterogénea que interactuaba desde el siglo xvi en ambientes rurales y urbanos de muy variada composición. Precisamente, una de las consecuencias más sutiles de la visión construida de la historia de México es considerar “naturales” y patrimoniales a los “indios” (“nuestros indígenas” es hoy una expresión paternalista muy frecuente), más o menos integrados a los españoles peninsulares y “criollos” (los nacidos en México y nunca “de origen español”) –que serán después “mexicanos”

(en general, “criollos”)– y a los “mestizos” –de “español e india”–. Pero esta visión considera siempre extraños a los negros y mulatos: ellos, hasta hoy, cuando aparecen mencionados, son siempre “africanos” o “afrodescendientes”, y, por extensión, esclavos. Una copla popular de la época de la independencia, atribuida al legendario Negrito Poeta, parece rebelarse contra ese proceso de extrañamiento:

Aunque soy de raza conga
yo no he nacido africano,
soy de nación mexicano
y nacido en Almolonga...

Sin embargo, gran parte del proceso de “extrañamiento” de los negros y mulatos novohispanos comenzó a forjarse en el curso de la creación de una “conciencia criolla” centrada en lo español americano desde fines del periodo virreinal, y persiste hasta hoy, tanto en el imaginario popular como en las apreciaciones de las ciencias sociales.

En términos generales, podemos apreciar que muchas de las confusiones provienen de interpretar de manera demasiado textual las características reales del sistema “de castas” que trató de implantar la Corona de Castilla en la Nueva España: un orden que jurídicamente constituía un *sistema de representaciones* ideal aplicado sobre todo a la “calidad”, al color y a las obligaciones fiscales de las personas; un sistema

fuertemente discriminatorio, pero que estaba lejos de ser una realidad social rígida. La Nueva España nunca fue tampoco, a pesar de haber existido una trata de esclavos organizada, un enclave de plantación o una sociedad de tipo esclavista, pues el trabajo esclavo –en su mayoría fuera del sector primario– no era la base de la economía colonial y empezó a declinar desde principios del siglo XVIII. Por ello, la abolición de la esclavitud, decretada por los líderes insurgentes desde 1810, fue, más que nada, una consigna declarativa que no afectaba en absoluto las bases del régimen virreinal novohispano. Así, hay dos aspectos de la reconstrucción de ese pasado que han impedido ver de manera más clara las particularidades de la sociedad local: el tema de las “castas” y el extendido mito del “mestizaje”, pues ambos han sido objeto de una importante operación discursiva, sobre todo después de la independencia.

De hecho, el régimen colonial se basó en la manipulación y el control de los conflictos entre las clases, las llamadas “castas” y los grupos sociales más diversos. Promovió y controló la discordia social para mantener el poder de la Corona y reservarlo en última instancia al rey, lo cual lo convertía en un sistema de dominio del Estado colonial de los sectores más pobres de la población para asegurar su lealtad. Pero al verse obligado a equilibrar los intereses diferenciados a fin de mantener la estabilidad, el aparato de Estado, tanto en la metrópoli como en las posesiones de ultramar, perdió flexibilidad y libertad de acción. Y como en el

Nuevo Mundo nunca fomentó la homogeneidad, sino que creó separaciones jurídicas insalvables entre españoles “criollos” y peninsulares, indios de comunidad, mestizos, negros y mulatos, estaba obligado a practicar un delicado ejercicio de equilibrio que terminó por romperse ante el embate de las reformas y los cambios ocurridos en la sociedad y la economía desde fines del siglo XVIII.

El mestizaje como mito fue uno de los componentes básicos del discurso autorreferente de los criollos y ha persistido hasta hoy fuertemente anclado en el imaginario nacional, el cual sigue refiriéndose al obsoleto concepto de “raza” como algo inamovible: como si las diferencias fenotípicas en las que se basan las clasificaciones raciales estuvieran apoyadas en diferencias genéticas significativas (sobre todo, el color de la piel y el tipo de cabello), y no fueran más bien el resultado de la adaptación al medio, o características que pueden variar significativamente de una generación a otra –las semejanzas fenotípicas, a su vez, pueden ocultar enormes diferencias genéticas, por ejemplo, entre los nativos de Filipinas, clasificados como “indios” en el siglo XVII, y los nativos mesoamericanos, también “indios”, o con algunos nativos del Golfo de Bengala que llegan a Acapulco identificados como “negros”–. La esencia de esto en la conciencia criolla (que llega hasta Justo Sierra, Vicente Riva Palacio y Andrés Molina Enríquez a fines del siglo XIX, y a José Vasconcelos poco después) termina siendo la generalizada idea de que la

población mexicana es el resultado prístino y gradual de una mezcla exclusiva entre “indios” y “españoles”, la cual da origen a la “raza cósmica” de la que supuestamente descienden todos los mexicanos actuales –el concepto de *raza cósmica* lo elaboró José Vasconcelos después de la Revolución de 1910-1920 y se basa en la famosa denominación de *mestizo novohispana*: “de padre español y madre india”; no considera ninguna otra “mezcla”–.

La misma noción clasificatoria, basada en la obsesión hispana por la “pureza de sangre” (algo que se remonta a los siglos de la Reconquista), fue profusamente representada en México y Perú en los famosos “cuadros de castas”, donde se abundaba sobre una gran cantidad de nombres que se daban a supuestas “mezclas” raciales; nombres que han fascinado a los historiadores y antropólogos, pero que, en su mayoría, jamás se aplicaron en la vida real. Estas pinturas describían categorías muy detalladas de tales “mezclas”, como si fuera posible seguir por generaciones semejantes genealogías minuciosas y barrocas, o distinguir a simple vista, por ejemplo, a un “barcino” de un “coyote”, a un “mestizo” de un “no te entiendo” o a un “lobo” de un “mulato”. Lo curioso es que sobre esta *red de oposiciones raciales imaginarias*, vista como un triángulo perfecto cuyos lados permitirían colocar a los “blancos”, los “negros” y los “indios”, y en su interior, a cada “casta” en una posición exacta –como lo ha intentado Aguirre Beltrán en un curioso diagrama de “clasifica-

ción colorida” –,² es difícil sustentar una reconstrucción histórica, aún más cuando en los documentos coloniales no aparece nunca el inventario completo de dichas denominaciones (que son más apodos populares que categorías oficiales), o cuando las personas, al cambiar de estatus, también cambiaban de “color” y de “calidad”. Si a ello agregamos las identidades asumidas por personas y grupos a lo largo de su vida, la cuestión se complica al infinito. El diagrama triangular mencionado se fundamenta en el color de la piel, un rasgo fenotípico totalmente subjetivo y frágil. De hecho, la necesidad de definir a las personas se hizo más abigarrada desde la segunda mitad del XVII, a raíz de la recuperación demográfica que aceleró el mestizaje, aunque toda la variedad atribuida no sustituye en la documentación colonial –y sobre todo fiscal– a las cinco clasificaciones principales: españoles, indios, negros, mulatos y mestizos. Resulta además paradójico que los cuadros de castas son un reconocimiento, desde el poder y desde la imagen, de la naturaleza de “mezcla” de las sociedades americanas, así como de lo imprescindible que resulta la herencia africana en esas posibilidades de intercambio genético.

Es en esta galaxia dominante de representaciones idealizadas donde los dirigentes de cercano o lejano origen peninsular, todos los que militaban dentro de la “facción criolla” de la guerra de independencia –de extracción urbana, cultura libresca e ideas liberales a la europea–, terminaron unificando un discurso que venía de muchos autores anteriores, de Clavijero a fray

Servando Teresa de Mier, todo en una *narrativa* autonómica que reforzaba la creencia en una pertenencia distinta a la peninsular, la de los españoles americanos que se consideraban –después de haber sido excluidos de la mayoría de los altos cargos– parte decisiva de una “patria” cada vez más suya: en donde el abigarramiento social sobre el que habían predominado (y en el que ocupaban posiciones de privilegio) servía ahora de pretexto para construir un nuevo imaginario, una *cuenca semántica* nutrida de afluentes locales que venían desde el siglo XVII por lo menos –un discurso que tiene antecedentes en la revuelta de Martín Cortés y los hermanos Tapia (1570), en los textos hagiográficos que dieron lugar al mito de la Virgen de Guadalupe, en las razones de Carlos de Sigüenza y Góngora y en las múltiples “representaciones vindicatorias” con las que el cabildo de la Ciudad de México y su Consulado de comerciantes presionaban al rey y al Consejo de Indias: casi todos son referentes de las cuotas de poder que los peninsulares debían a los españoles americanos–. Esta identidad se basaba a menudo en la patria chica, la provincia, la intendencia o la ciudad, no en la nación como hoy la entendemos.

En el ámbito de las ideas y de las *acciones* emprendidas desde 1810; en el surgimiento de esa *autoconciencia* (provista, como todas las identidades, de límites y exclusiones muy precisas, o, por el contrario, muy imprecisas, pues la identidad aparece también como “un hoyo negro conceptual que se traga la materia y

emite escasa luz”, según la define Allan Knight);³ en el origen de la convicción todavía amorfa de ser un *pueblo distinto* al de la madre patria que lo rechazaba, nació sin duda la idea de que la emancipación era posible. Era una identidad basada en la convicción de que la cultura novohispana, “mexicana” (hay que insistir en que en ese momento México era solamente la ciudad capital del virreinato, y los “mexicanos”, los habitantes de la ciudad y de su valle) o del “Anáhuac” (o incluso “americana”) era el fruto singular de lo “indio” y lo “europeo”, cuyos herederos naturales eran los “criollos”, aunque muchos de los autodenominados de ese modo fueran negros y mulatos (como ocurría en Veracruz, Acapulco, Colima y otros lugares en donde había poca población hispana radicada), o a pesar de que, una vez estallada la guerra, el término “criollo” se resemantizó y sirvió para denominar a la facción política opuesta a los defensores del *statu quo*, o sin importar tampoco que los verdaderos herederos de las culturas prehispánicas ocuparan ahora los estratos sociales más pobres, o que otras herencias de lo después conocido como el “pueblo mexicano”, sobre todo ubicadas en las masas intermedias de las “castas”, tuvieran orígenes diversos, o que los propios criollos y peninsulares, como miembros de la administración local “española”, hubieran creado el abigarrado sistema de “castas” para estratificar y controlar legalmente al pueblo llano.

Fue así como la herencia africana –presente en la mayoría de las “castas”: negros, mulatos, zambos, ge-

nizaros, lobos, mestizos, etcétera–, fue *definitivamente* expulsada del imaginario nacional naciente y sujeta a un proceso aplastante de invisibilidad, desconocimiento y, sobre todo, “extrañeza”.

Y es que la tendencia principal del *flujo* de las identidades era crear y movilizar ciertos sistemas de lealtades e identificaciones, pero siempre en relación con su entorno y tal y como las visualizaban las élites criollas en cada momento. Aquí, por supuesto, operan lo que podríamos llamar el “contexto histórico” y la exacerbación de una serie de condiciones que precipitan el rompimiento con la metrópoli y su monarquía ausente y decadente. La historia virreinal, por su parte y como antecedente de todo esto, está llena de paradojas en lo que concierne al uso interesado y ambivalente de las identidades y las denominaciones hacia “los otros”, antes de que éstas se articularan en torno a lo “nacional” y al sentimiento patriótico de los criollos, o de que se diluyeran las unas en las otras. El mundo virreinal permite verlo con más nitidez debido a su naturaleza de *antiguo régimen*, en donde la adscripción de los súbditos estaba separada en repúblicas, órdenes diversos, “castas”, razas, estados, calidades y situaciones de poder muy distintivas y de las que era difícil escapar. En este contexto, casi todas las asociaciones eran básicamente involuntarias, porque eran impuestas y adscritas a los individuos dentro de un rígido sistema de estamentos y corporaciones dentro del cual se nacía. Este mundo, sin embargo, y como lo han demostrado

muchos, exhibía también enormes dosis de ductilidad y flexibilidad en el manejo interesado y negociado de muchas identidades ambivalentes: es más, esa pugna permanente por la identificación y el reconocimiento marcó el proceso de formación posterior de las formas republicanas (conservadoras y liberales) y de sus usos políticos. La complejidad de su desarrollo nos obliga a concluir que la *identidad* no es una esencia, un atributo o una propiedad intrínseca de individuos y colectividades –no existe como tal y *per se*–, sino que tiene siempre un carácter intersubjetivo y relacional. Es la autopercepción dinámica de unos con respecto a otros, afirmada solamente en la confrontación con otras pertenencias atribuidas en un complejo proceso de interacción social, la que desata la emergencia y la permanencia de ciertas identidades (y el fracaso de otras), lo cual frecuentemente implica relación desigual y, por lo tanto, luchas y contradicciones.

Asimismo, entre esos dos extremos se situaría la apreciación de una circunstancia mucho más compleja –sobre la que queremos abundar– en la que se vieron involucrados los “negros” y “mulatos”, o los “morenos” y “pardos” (término que parece provenir de un cuerpo de caballería habilitado en España en el siglo xvi llamado “caballeros pardos al fuero de León”). En América, “morenos” eran los de piel más oscura, en general esclavos liberados, y “pardos” los de cualquier mezcla con origen africano, generalmente zambos y mulatos libres, como se les catalogó más escueta y pudorosamente desde

finales del siglo xvii para evaluar su participación en grupos armados de toda índole. Una vez estallada la guerra, formarían parte de las fuerzas realistas y leales a la Corona o de los núcleos insurgentes más diversos. Así, conglomerados más amplios –de *criollos*, *mestizos* o *castas*, con el significado que estas palabras puedan tener en cada región– formaban complejos territoriales muy extensos que aceleraron la recomposición de sus identidades, y su participación militar es la expresión última de los sectores de negros y mulatos libres que se reproducían en las clases intermedias rurales y urbanas: rancheros, arrendatarios, campesinos pobres, artesanos, arrieros, bandidos y trabajadores de todo tipo que desde siglos atrás habían sido eventualmente convocados para tareas militares de defensa y seguridad pública. No fueron los únicos, pues en los prolegómenos de esta guerra, como veremos, los esclavos de haciendas y plantaciones tendrán también una importante participación insurreccional.

Un ejército colonial tardío

DURANTE LOS PRIMEROS DOS SIGLOS de la América española la composición del ejército regular fue fundamentalmente peninsular. Y todavía en el periodo de 1740 a 1760 la proporción de “soldados” –es decir, tropas con sueldo– de origen peninsular en la Nueva España nunca bajó de sesenta y dos por ciento del total. En algunas regiones vecinas, como en el Caribe, se prohibió expresamente que el número de soldados nacidos en América o de *castas* excediera de veinte por ciento, aun cuando existía también un arquetipo ideal de un ejército que debería ser mayoritariamente formado de criollos blancos. La legislación del siglo XVII evitaba que los mestizos, los indios, los mulatos y los negros se enlistaran como miembros del ejército regular y recibiendo sueldos: por lo mismo, formaban más bien la base social de las milicias irregulares, muchas veces bajo el patrocinio de particulares, con el fin de que no adquirieran derechos como militares o de

que no ascendieran a la oficialidad, pues el poder y el mando “los ensoberbecían”.

Las guarniciones del siglo XVII proceden del envío de tropas pagadas por la Corona y destinadas a las principales fortalezas. Estas “compañías de presidio”, formadas en su mayoría por españoles peninsulares, tienen su origen en la estructura del *tercio*, y, como tales, contaban con un capitán, un alférez, un sargento, un abanderado, dos tambores, un pífano, un paje de rodela, un barbero, cuatro cabos de escuadra, diecinueve “aventajados”, dieciocho mosqueteros, veinte arcabuceros y un capellán.⁴

En sus orígenes, los Lanceros de Veracruz –una de las primeras formaciones que involucraban a los negros y mulatos– eran un tipo de milicia mixta destinada a la defensa contra los piratas y la conformaban vaqueros criollos, pardos y negros armados con las típicas lanzas y desjarretaderas que se usaban para la captura y el arreo del ganado mayor de las haciendas del litoral hacia el Altiplano. Estos lanceros del *hinterland* ganadero del puerto dependían de la oficialidad española y se combinaban también con las actividades de vigía y patrullaje de la Armada de Barlovento, flota militar bastante inoperante que funcionó entre 1637 y 1750, y que, destinada a la defensa del Caribe, permanecía la mayor parte del tiempo estacionada en Veracruz, por lo cual se prestaba a muchas corruptelas de las autoridades coloniales; de acuerdo con Seijas y Lobera en 1702, “La Armada de Barlovento no tiene navíos con qué formarse como se debe [...] de suerte que sólo sirve,

esta Armada de Barlovento que siempre está a Sotavento, de dar medios para que los Virreyes se hagan poderosos a costa de sus situaciones”.⁵

Desde finales del xvi, y una vez asentadas las relaciones entre tropas regulares y sueltas, se exacerbaron también los conflictos de las milicias de negros y mulatos de Veracruz con otras foráneas, como las traídas por las tropas españolas y formadas por africanos de Guinea –el Batallón de Guinea–, en el contexto del control y la represión de los motines de tropas peninsulares que se sucedieron en el castillo de San Juan de Ulúa desde 1688⁶ hasta 1718, por lo menos.⁷ Estos motines periódicos se debían al atraso en el pago de los jornales, a la falta del “pan de munición” y a la corrupción de la tienda de raya o “taberna” –también llamada “*bayuca* de la fortaleza” (la cual concentraba a veces productos de contrabando, por lo que es muy posible que la actual costumbre mexicana de llamar *fayuca* al contrabando tenga estos orígenes coloniales)–, tumultos que fueron severamente reprimidos por los negros de Guinea antes referidos, lo cual causó malestar y zozobra en el vecindario veracruzano hasta que los españoles las regresaron a Cuba y España, para evitar mayores enfrentamientos. De hecho, su ingreso a Veracruz había sido motivado por las simpatías que estos motines de soldados españoles de la “compañía del presidio” habían tenido entre los milicianos lanceros, así como por el temor de que sus protestas se extendieran por todo el cuerpo social del puerto y

su región a través de las redes locales de complicidad establecidas entre los criollos, los soldados peninsulares y la “chusma local”, pues la tropa peninsular era reclutada en España en las cárceles y en el bajo pueblo, y, rebelada en América, desertaba y se sumaba aquí a los enemigos del orden.

Para 1702 la visión de Francisco Seijas y Lobera, un enviado secreto de la Corona, era realmente negativa acerca de la situación de la defensa en Veracruz y de la posibilidad de seguir usando a los milicianos de color y permitiendo que se relacionaran tan familiarmente con los españoles peninsulares. Seijas insiste en la experiencia desgraciada de los asaltos de filibusteros al puerto, principalmente el de Lorencillo en 1683 y el de un tal “Tomás Candiche” (Thomas Cavendish), que con once navíos ingleses atacó sin éxito la fortaleza en 1685. Para Seijas, el castillo de San Juan de Ulúa:

Es un mero gallinero, cárcel de los desterrados, que debiendo tener cuando menos, 300 hombres de infantería y todo lo demás que conduce a la artillería, no tiene más que algunas veces, el castellano, el sargento mayor y algunos oficiales con algunos desterrados, que no suelen llegar en todos a ser, con los operarios, 60 hombres [...] porque demás de la taberna que se tiene en el castillo, se tiene apoderado de los sueldos de los soldados, por lo que en ella se les vende con precios excesivos a crédito.⁸

Para el enviado real, Veracruz es sólo una aldea sobre un arenal rodeada de una estacada, de una muralla aparente, o, como él lo expresa en su informe:

con nueve baluartes y siendo el dicho recinto de muralla de dos varas de alto y todo el recinto de ella coronado de estacas, a modo de estacada exterior, costó cada estaca al Rey puesta sobre dicha muralla, siete pesos de escudos de plata, no valiendo aun un peso cada estaca, y [...] sin entrar en ella por las puertas, se puede entrar sobre los bancos de arena que conducen los vientos.⁹

Se queja del contrabando abierto en la isla de Sacrificios y, en el puerto de Alvarado, de la corrupción de los oficiales reales y del castellano de San Juan de Ulúa, y propone varias mejoras que se harían al fin después de setenta años. Entre las reformas que propone, la de reforzar las milicias refleja todos los titubeos, prejuicios raciales y contradicciones que caracterizaron la visión de las autoridades coloniales sobre este punto.

Por un lado, piensa que se deben formar dos compañías de lanceros, de cincuenta hombres cada una: una de mulatos libres y otra de negros libres, pagados con sueldos de la Corona, al igual que las tropas españolas. Según él, esto ofrece muchas ventajas, pues:

Éstas deben ser de gente de la ínfima del país, pues no hay cosa más a propósito para el efecto que los

negros y mulatos y cuarterones y zambos. Por lo cual, considerando que es gente de fatiga y que a mucho menos costa se podrán mantener, y que hay entre ellos muchos hombres de valor [...] y enseñados a todo género de climas y temperamentos, servirán de mucha utilidad para las patrullas y para las vigías.¹⁰

Pero, por otro lado, al proponer una compañía de soldados de a caballo y de lanceros negros, manifiesta todos los prejuicios anteriores y prácticamente propone que nunca operen del todo armados, pues:

A los dichos negros y mulatos no se les debe permitir el que usen de armas de espada y daga, ni puñales ni algún género de armas de fuego, porque no es conveniente ni seguro al servicio del Rey el que la muchedumbre de chusma de negros y mulatos que hay en las Indias use de dichas armas, porque se pueden sublevar y porque no hay razón justa ni política para que semejante género de calidad de esclavos, por ser hijos de ellos, gocen de las mismas preeminencias que los españoles, y así, por estas razones, como porque ya en muchas partes de las Indias se han amotinado causando muchos tumultos y riesgos de enteras sublevaciones, conviene al real servicio que en todas las Indias no se permita el que los dichos negros y mulatos libres usen de arma alguna ofensiva ni defensiva [...] sino

sólo de las armas de lanza de vara larga, como las de los vaqueros, porque por ser ligeras serán más fáciles de manejar al modo de ellos y harán las mismas heridas, matando a cualquiera hombre del primer bote como las demás lanzas, teniendo la moharra de buena manera y corte, de buen acero y afilada como las demás lanzas, por ser para ellos, según su costumbre más a propósito, con las cuales y con un machete o alfanje que tenga cada soldado a caballo, bastará a cada compañía para hacer mucho daño a los enemigos.¹¹



Milicianos blancos, pardos y morenos en Veracruz (1767).
 AGI, MP-Uniformes/ 1.16418.28 (29 de octubre de 1767)

Frontera de guerra

PERO EN REALIDAD LA FORMACIÓN de un ejército habilitado para la defensa de la Nueva España sólo pudo lograrse, parcialmente, a raíz de las amenazas surgidas en el Caribe desde mediados del siglo XVIII, y, particularmente, después de 1762, cuando los ingleses se apoderaron de La Habana, la Florida y Manila. Este acontecimiento precipitó las reformas borbónicas y la necesidad de crear una fuerza armada profesional, capaz de defender el “reino” y detener una eventual invasión inglesa de la Nueva España.

En la formación de las milicias, las autoridades civiles y militares tenían siempre actitudes ambivalentes: desprecio racial y aceptación de que eran los únicos hombres capaces –en especial “los de la tierra”– de penetrar los sitios más inaccesibles en busca de fugitivos, cimarrones y forajidos.¹² Se les alababa por su lealtad a la Corona, al orden establecido y a la verdadera fe, pero, al mismo tiempo, se desconfiaba de ellos en virtud de la hipótesis de que emprenderían una rebelión.

Para unos eran “enemigos naturales armados”; para otros, los únicos capaces de resistir un asalto inglés a gran escala. La realidad es que la política de la Corona era producto de un cálculo frío: los negros y mulatos libres de la Nueva España no eran una mayoría de la población en el conjunto del virreinato, y se hallaban ya para la segunda mitad del siglo XVIII totalmente integrados a la “república de los españoles”, al orden prevaleciente. El mismo sistema económico novohispano había convertido en obsoleta y antieconómica la pervivencia de la esclavitud, e, históricamente, extensos sectores “afrodescendientes” habían migrado hacia diferentes grados de servidumbre y relativa libertad.

Por principio, en su carácter de negros y mulatos libres, estos sectores intermedios tenían que pagar un tributo que los mantenía bajo control relativo, pues antes habían sido censados y ubicados en sus lugares de residencia. Las mismas reformas borbónicas, en su búsqueda de efectividad fiscal, se habían preocupado de que nadie –y en particular ellos– escapara de esta obligación. Pero en parte por las gestiones exitosas de sus “caudillos” y en parte por sus propias protestas, lograron que se les exentara, junto con sus familias, del pago del consabido tributo desde 1764 –a raíz de una petición generada en el sur de Veracruz y que se extendió por casi todo el “reino”–, lo cual los colocaba en una situación de repentino privilegio que atrajo a familias enteras, quienes alegaban siempre tener un pariente cercano o lejano en la milicia para justificar

la exención del pago. Fue así como redes enteras de parientes enlazados en rancherías y amplias regiones rurales aprovecharon para exentarse de manera colectiva y territorial. Las primeras exenciones parciales del tributo se habían logrado en Veracruz desde mucho antes: a partir de 1679, cuando los capitanes mulatos Agustín Torres y Manuel Fernández Morgado se las arrancaron a la administración militar del puerto junto con el fuero militar y la capacidad de designar a sus propios oficiales en las milicias de pardos –sin embargo, entre 1760 y 1780 surgieron muchos conflictos, porque las autoridades denegaron estos derechos adquiridos; a partir de 1789, siendo esenciales en la defensa, por el estado de guerra general, y en el sofocamiento de varios motines locales, los milicianos de Veracruz y algunos de otras regiones, como la Costa Chica, recuperaron esas prerrogativas y privilegios–.¹³ Una segunda exención –debida a que la primera se había ido diluyendo– que decretó después el virrey Marqués de Croix les dio a los milicianos una nueva posición de poder en los pequeños entornos donde, si bien gozaban de libertad, habían sido equiparados antes a los tributarios indios. Así, estos civiles libres movilizados reclamaban la exención por su estatuto militar, en tanto que la Corona, mientras podía, los consideraba sujetos de pago, por ser miembros de las “castas”. El caso es que hacia 1810, cuando estalló la guerra de independencia, había regiones muy estabilizadas en cuanto a esta exención (definitivamente liberadas del impuesto) y otras en donde la amenaza

del tributo seguía esgrimiéndose como una posibilidad: ello marcó el comportamiento de los pardos y morenos en esta guerra, ya sea como leales a la Corona o como rebeldes insurgentes en diferentes lugares y periodos de la contienda.

Así, para fin de encasillar a esta población –originalmente para el cobro del tributo y después para las obligaciones militares– en muchas regiones del país, pero principalmente en las costas del Golfo y el Pacífico y los reales de minas, se recurrió al recurso de elaborar censos. Los resultados de estos censos, en los medios rural y urbano, mostraron que del grupo conformado por pardos y morenos no habitaba en sitios exclusivos –o separados de otros grupos, como lo había buscado el sistema desde el siglo XVI–, sino que se hallaba entremezclado con indios sueltos, españoles pobres y otros conjuntos de mezcla, lo cual dificultaba los “alardes de guerra” y hacerlos converger de manera exclusiva en labores de defensa en caso de peligro –como ocurrió con los censos de “pardos, chinos y mulatos” levantados en las riberas del Papaloapan,¹⁴ o como los “indios amulatados” de la república de indios de Medellín, que concurrían a las convocatorias de defensa con tal de no pagar tributo–. La creciente incapacidad de completar las cifras reglamentarias de la composición de los batallones y regimientos en grupos racialmente separados (de blancos, pardos y morenos) terminó por incidir también en la propia estructura militar, en la creación del ejército y en sus limitaciones y

características posteriores, que se expresarán en una “desracialización” de las fuerzas armadas y en una lenta naturalización de las tropas y los mandos, en la cual los cuerpos y batallones respondían cada vez menos al modelo de un ejército peninsular separado por categorías raciales, y cuyas barreras, por lo demás, eran fáciles de traspasar debido a la enorme diversidad del mestizaje. Archer anota, por ejemplo, la dificultad de mantener las barreras raciales a finales del XVIII:

Aun cuando había batallones de pardos en la Ciudad de México y en Puebla, los oficiales se quejaban de que era casi imposible conseguir reclutas. Muy pocos deseaban ser identificados con los pardos, y si no había otra manera de escapar a este estatus, los hombres se unían a las milicias provinciales, a las que en teoría sólo podían entrar los blancos, los *castizos* y los mestizos. En algunos casos, un hermano podía alistarse en una unidad de pardos y otro en una unidad provincial.¹⁵

En síntesis, la secuencia de las reformas en relación con las milicias de Veracruz y la costa de Sotavento puede seguirse en una enorme masa documental que se produce a fines del XVIII, y que resulta muy ilustrativa respecto al grado de marasmo e indisciplina en que surgió el llamado ejército borbónico. Aquí en particular, y en función de su importancia estratégica, resultan reveladores los datos acerca de las milicias

veracruzanas de *pardos* y *morenos*, que tiempo después serán conocidos con el nombre genérico y despectivo de *jarochos*. Éstas operaron en el puerto, Alvarado, Cosamaloapan, Tuztla y Acayucan. En la última de las jurisdicciones anteriores se hallaron estacionadas en Acayucan, Chinameca, Moloacán y la barra del Coatzacoalcos.

Por otra parte, la desconfianza y los prejuicios acerca de los hombres de mezcla nunca desaparecieron y surgen a menudo en los informes y cuadros de estados y reclutamiento. Así, por ejemplo, en un proyecto de los cuerpos milicianos de la Nueva España que en 1784 preparó el coronel Francisco Crespo, éste comparó a los mestizos de sangre negra mencionados con los gitanos españoles:

El gitano verdadero no tiene habitación permanente, vive sin pudor u orgullo, para él es irrelevante si está vestido o desnudo. Su ciencia es engañar o mentir y su inclinación, robar. Sus principales características son: la embriaguez, la lascivia, la vulgaridad, la terquedad y otros males. A mí me parece que éste es el más esmerado retrato del coyote, del *salta atrás*, del *tente en el aire* y de la mayoría de hombres de diferentes nombres que forman el infinito número de castas infestadas. Esta gente es más peligrosa que los gitanos, pues en Nueva España, las castas forman una hidra de tantas cabezas, que no pueden ser gobernadas. Es-

tán en todas partes, en las ciudades, en las minas, en las Provincias Internas, en las montañas y en las selvas de un país inmenso. Miran con profundo odio al noble español y con aversión y desprecio a los indios puros. Las castas no aceptan ni las honorables costumbres del primero ni la humildad y duro trabajo de los segundos.¹⁶

Esta caracterización casi no difiere de las recomendaciones hechas en 1780 por el teniente coronel Pedro Lasaga al comandante Antonio Pol, su sucesor para el trato del cuerpo de caballería de Lanceros de Veracruz, en donde se insiste en las costumbres trashumantes y montaraces de los milicianos *jarochos*:

Aun cuando se les quiera echar la ley, como sus habitaciones son dispersas, unos a otros se abrigan, y por sendas impracticables les llegan los avisos: de donde resulta, que acostumbrados a vivir como fieras, curtidos en las incomodidades de garrapatas, niguas, mosquitos, tigres, víboras y otros animales, y yerbas perjudiciales, con el desabrigo que todos admiran, si huyen no se logra su aprehensión, porque aún los guías de que cualquiera podría valerse, siendo compañeros, extravían los caminos hasta que llega a noticia del fugitivo la persecución.¹⁷

La negativa de los lanceros a vivir acuartelados se sumaba al poco alimento que recibían sus caballos, bestias acostumbradas a pastar sueltas y no a comer las raciones de maíz dispuestas por los militares. Además, “son gentes que no están acostumbradas a dormir en catre, y muchos ni aun a cubierto, les es sumamente penoso el estar sujetos a dormir dentro de las cuadras y en cama o catre”. Esta clase de soldados, según el teniente, es inclinada a chismes y conflictos, pues “cuando están en sus ranchos o pueblos, se experimentan iguales quejas de robos de bestias, daños de milpas o agravios particulares de sus personas”. Algunos iban desde quince leguas de distancia, y todos “son sumamente viciosos en robos, incontinencias y embriagueces, siempre que tienen oportunidad para ello, vicios irremediables en esta gente”. En suma, resultaban inútiles en caso de un ataque militar del enemigo. Sin embargo, en un padrón de personas aptas para el servicio de enero de 1799 hecho por el comandante del cuerpo de Lanceros de Veracruz se consigna que los *pardos* y *morenos* constituían la mayoría de una población masculina de tres mil individuos, y casi la única a la cual habría que recurrir en caso de un ataque. En la región del puerto había entonces seiscientos cincuenta y cuatro españoles, mil seiscientos catorce mestizos y cinco mil ochocientos cuarenta y un *pardos* y *morenos* hábiles para el combate.¹⁸

Fue así como a partir de 1780, y después del fracaso de varios proyectos iniciados por José de Gálvez

y Juan de Villalba desde 1765, la composición del naciente ejército borbónico empezó a cambiar de manera sustancial a medida que ocurrían transformaciones en el conjunto del Imperio español y se desarrollaban las turbulencias políticas que las reformas le habían acarreado a la Nueva España. Uno de los cambios fundamentales para entender lo que pasó con pardos y morenos en la guerra iniciada en 1810 fue la pérdida de importancia del factor de la “raza” en la composición de este ejército y el empoderamiento que significó para estos grupos de población haber adquirido privilegios militares, que terminaban por predominar sobre los prejuicios raciales.

El propio crecimiento demográfico y la ruptura de las fronteras étnicas y de clase, producto de los numerosos movimientos que estallaron en la Nueva España, los cuales generalmente no cuestionaban ni ponían en entredicho la legitimidad del rey, pero sí socavaron gran parte de los poderes locales y regionales, contribuyeron a una organización más laxa de las fronteras sociales y geográficas en el naciente ejército borbónico: a tal punto que, por lo menos desde el proyecto del virrey Mayorga en 1780, ya no fue posible mantener cuerpos militares organizados estrictamente por “castas” y “estados”, y se conformó más bien una rivalidad más general entre peninsulares y tropas indistintas “de la tierra”, que se convirtieron en mayoritarias dentro del organismo armado virreinal –en una proporción de dos a uno hacia 1793–.

Hacia 1810 las “castas de gente mezclada” representaban ya cuarenta por ciento de la población de la Nueva España, y desde antes las identidades adscritas y asumidas también empezaron a sufrir un cambio radical, que se exagera después de 1804, cuando el ascenso de la conciencia criolla comienza a “contaminar” los cuerpos de élite y las milicias provinciales: es el momento en que la palabra *criollo* engloba no solamente a los hijos de los peninsulares nacidos en esta orilla sino asimismo a la mayoría de los nativos “de la tierra” que no fueran indios, sin importar su color y sus orígenes. En las costas de ambos océanos, en donde la población de mezcla era mayoritaria, como ocurrió en Colima, Acapulco y la Costa Grande de Guerrero, *criollo* llegó a tener un uso genérico para designar a los nacidos en la Nueva España, y en este caso englobó a todos, pero en especial a las “castas” con mezclas de origen africano: pardos, mulatos y negros. Las fronteras étnicas y sociales sufrieron entonces una transformación encauzada por los resentimientos sociales y de clase y por las nuevas y emergentes ideologías autonomistas: pero lo que principalmente se reivindicaba en esos años era el derecho surgido del nacimiento...

Los contingentes militares de mezcla que se formaron desde fines del XVIII tuvieron en la guerra de independencia un papel generalmente leal para la Corona, con algunas excepciones regionales (como la Costa Grande de Guerrero y la Tierra Caliente de Michoacán), lealtad que se fue desgastando hacia los últimos

años de la guerra, cuando una parte de la oficialidad realista retomó el proyecto insurgente y arrastró tras de sí a las milicias locales de todo tipo. Pero no cabe duda tampoco de que varios sectores del ejército nutrieron las huestes rebeldes desde 1810, ni de que el entrenamiento militar y el uso de las armas, al socializarse entre las “castas” por el clima de guerra anterior a la sublevación, ayudaron a la rebelión a tomar el rumbo que finalmente tomó. En todo esto una distinción importante la constituyeron los oficios y actividades que jugaron un papel propio en la rebelión: campesinos, comerciantes, arrieros y conductores, artesanos de muy diversos oficios, sacerdotes del bajo clero, pequeños funcionarios civiles y militares, etcétera.

Así, esta rebelión armada no sólo se nutrió de los pardos y morenos libres: los negros y mulatos que permanecían bajo condiciones de esclavitud tampoco esperaron pacientemente a ser liberados por la insurgencia –como generalmente se cree–, sino que aparecieron también tomando parte activa de la sublevación desde los primeros años y cuando la guerra tocó sus regiones, o como ocurrió en Córdoba, Orizaba y Maltrata –en el centro de Veracruz–, donde la guerra de independencia fue de hecho una continuación por otras vías de rebeliones de esclavos muy localizadas (y olvidadas): así pasó con las recurrentes “algaradas” del valle de Córdoba, que recomenzaron con mucha fuerza desde 1805, pero que se remontaban a disturbios importantes ocurridos desde 1730 por lo menos.

Pardos, morenos y esclavos en la guerra de independencia

CUANDO ESTALLÓ LA INSURRECCIÓN del cura Hidalgo, gran parte del proyecto militar borbónico se hallaba a la deriva y profundamente corroído desde dentro: con un ejército que ascendía a los más de once mil hombres, pero muy mal organizado y sumamente disperso. Era posible poner en pie de guerra entre diez mil y doce mil soldados que, no obstante, estaban mal disciplinados, llenos de rencores ancestrales y, como decía despectivamente el obispo de Michoacán, Abad y Queipo, “todos provenientes de la escoria de la población”. Las tropas de infantería veterana con que se contaba –con los regimientos de la Corona, Nueva España, México y Puebla– mostraban muy poca disciplina. Destacaban además el Batallón Fijo de Veracruz y algunas compañías sueltas distribuidas en unos cuantos puertos del Pacífico, como Acapulco y San Blas. Poco antes, tres regimientos de Dragones habían sido organizados, tras profundas crisis de mando y liderazgo: España,

México y El Carmen; cada uno estaba formado por cuatro escuadrones. Las milicias provinciales se hallaban dispersas y sujetas a las deserciones y a los embates del clima, en particular en las costas, y con muchos problemas de reclutamiento en México, Tlaxcala, Puebla, las tres villas del centro de Veracruz (Jalapa, Córdoba y Orizaba), Toluca, Celaya y Valladolid. A estos cuerpos se agregaban los batallones de infantería de Guanajuato, Oaxaca y Guadalajara, más dos compañías independientes.¹⁹ Uno de los problemas sumados poco a poco a otros era la edad de los oficiales, de los altos mandos –en su mayoría peninsulares– que se habían quedado en la Nueva España (algunos desde las reformas de 1767) y que habían envejecido en sus cargos o representaban una fuerte erogación por sus sueldos y jubilaciones. El relajamiento de la disciplina del ejército se atribuía en gran medida a este factor.

Dentro de las milicias disciplinadas destacaban los regimientos –de cuatro escuadrones cada uno– de Santiago, Príncipe, Puebla, San Luis Potosí, San Carlos, la Reina, Nueva Galicia y Michoacán, así como los ya tradicionales Lanceros de Veracruz. Existían también unas llamadas compañías fijas de blancos y pardos, las cuales se agrupaban en nueve “divisiones” de cinco a ocho compañías cada una, y los conocidos como tres cuerpos fijos de la frontera, además de las compañías de los presidios, que se desplegaban en el norte para la vigilancia sobre los indios bravos y en episodios repetidos como la “guerra apache”, y que estaban compuestas

de tropas de “casta” y oficiales blancos. Es con toda esta fuerza que la organización de defensa militar irá transformándose a lo largo de la guerra y se conformará paulatinamente el llamado ejército realista, al enfrentarse desde 1810 con tropas y guerrillas insurgentes de muy diversa composición y origen.

El despertar de la conciencia criolla se desarrollaba más en unas regiones que en otras, y en cada contexto adquiriría características particulares. Es evidente, por ejemplo, que en el centro-norte de la Nueva España –en la región del Bajío que podemos limitar entre Guanajuato, los Altos de Jalisco, Querétaro y zonas aledañas– el desarrollo económico y la composición social creaban de por sí un espacio de autonomía regional con características propias proclives al desarrollo de estas ideas: concentración mayor de algunas actividades económicas básicas (minería, industria y protoindustria textil, así como agricultura intensiva), así como una población sobre todo heterogénea e hispanohablante en convivencia con sectores criollos y de “castas” muy dinámicos y élites peninsulares muy visibles –las repúblicas de indios en el Bajío, que para 1810 representaban sólo diez por ciento de la población, se crearon en el siglo XVII con población heterogénea de indios sueltos, españoles, negros y mulatos–.²⁰ Todos estos elementos se conjugaron para que, dos años después del golpe de Estado al virrey Iturrigaray, estallara precisamente allí, y no en otra parte, la guerra de independencia –que, como se ha demostrado, se llamaba

así por el antecedente de la “guerra de independencia” ocurrida en España dos años antes debido a la invasión napoleónica; las demandas son en un principio las mismas y se articulan alrededor de recuperar espacios autonómicos y de la soberanía de los reyes Borbones: en particular, facilitar el retorno de Fernando VII al trono español–.

Durante un largo periodo de su desarrollo, esta guerra es conducida por demandas monarquistas, las que poco a poco se imponen sobre los estallidos sociales en donde las masas campesinas logran, sólo por momentos, poner en peligro el orden establecido. Una compleja confluencia de ideas autonomistas previas, concepciones de lo criollo y lo “nacional”, resentimientos regionales muy diversos, motivaciones juntistas, impulsos constitucionales, liberalismos que recorren todo el espectro del Imperio español y reclamos populares diversos se conjuga para que varias facciones de los “criollos” puedan expresarse en la guerra y en la política, poniendo por delante una emancipación que era ya insoslayable.

Una de las reivindicaciones más socorridas de aquel momento fue precisamente la abolición de la esclavitud; al hablar de esto debe considerarse que para los líderes insurgentes muchas veces la palabra significaba “opresión en general”, y en otras ocasiones, una esclavitud marginal –la de los negros esclavos–, muy corroída por el propio desarrollo económico, pero la cual muy claramente simbolizaba la “maldad” de los

amos, en su mayoría peninsulares. Esta esclavitud, metafórica, llegaba a simbolizar todo lo malo que los insurgentes pretendían derogar: la quintaesencia del régimen colonial. Pero cuando la esclavitud se declaró abolida, algo que en la práctica llevaría por lo menos unos quince años (hasta 1825 por lo menos), los núcleos esclavizados eran solamente algunos pequeños grupos de siervos domésticos, o remanentes de las otrora importantes “esclavonías” de algunos trapiches azucareros y haciendas de labor, que de todas maneras ya se habían dispersado o sublevado durante la guerra. En algunos de estos contextos se desarrollaban historias particulares que podrían haber constituido algo así como “movimientos precursores de la independencia”, en donde, de haberse madurado como tales, le hubieran dado a ésta un sabor un poco más acorde con el tema que nos ocupa.

Por ejemplo, entre 1735 y 1769 se habían sucedido varios levantamientos de los esclavos negros de la región de Córdoba y Orizaba, esclavos de los trapiches e ingenios de esta región veracruzana que tradicionalmente escapaban hacia la “cuenca cimarrona” de los actuales Tierra Blanca y Cosamaloapan para refugiarse en los montes de Mazateopan (Teutila) y hacia la “banda de Jalitauani”, en la ribera suroeste del río de Amapa, que separa Oaxaca de Veracruz en esta área. Durante este ciclo de fugas y pequeñas revueltas, los huidos demandaban una libertad que supuestamente les había sido anunciada por los padres jesuitas que

los asistían religiosamente. Pedían fundar un pueblo de negros libres a semejanza de San Lorenzo de los Negros (origen del actual Yanga), y crearon, a lo largo de los treinta años del ciclo de fugas, una facción irreductible conducida por Macute, un “capitán de cimarrones” que planteaba una total autonomía en el monte, y otra facción “negociadora”, católica y guadalupana, dirigida por Fernando Manuel, que se unió a las milicias creadas en el puerto de Veracruz por Juan de Villalba en 1766. Lo que ocurre regionalmente es una represión militar de las revueltas y una violencia extrema de los esclavos rebelados hacia sus amos, así como la creación de “ranchos” o “palenques” tolerados por el dueño de la hacienda de La Estanzuela y otros funcionarios y hacendados de la región –el dueño del gigantesco feudo de La Estanzuela era Hernando de Rivadeneira, del mayorazgo del mismo nombre, uno de cuyos antepasados (Gaspar de Rivadeneira) había “apadrinado” la creación de San Lorenzo de los Negros cediendo parte de sus tierras para la fundación, primero, de la villa de Córdoba (1616) y, después, de la de San Lorenzo (1630); por otra parte, el “pueblo nuevo” de los Morenos de Amapa se fundó también en tierras que los Rivadeneira cedieron y que habían sido arrebatadas antes al comunal del pueblo mazateco de Soyaltepec; don Gaspar fue compadre del mismo Ñanga (Yanga) y padrino de bautismo de uno de sus hijos, Gaspar Ñanga–.²¹ En el curso de estas revueltas, la facción de Fernando Manuel capturó a Macute

y los suyos y los entregó al brazo criminal de Córdoba para su ejecución. Finalmente, en 1769, a instancias del propietario de la hacienda y del alcalde mayor de Teutila, se fundó en tierras de Jalitatuani y Soyaltepec (expropiadas por La Estanzuela) el pueblo de negros libres Santa María Guadalupe de los Morenos de Amapa, siendo Fernando Manuel su primer alcalde. Este ciclo lo que muestra, entre muchas otras cosas, es el enfrentamiento que a lo largo del siglo XVIII se dio entre los amos esclavistas de Córdoba y Orizaba, por una parte, y los hacendados de más al sur, por la otra, que pretendían contratar fuerza de trabajo libre para emplearla en el cultivo del algodón; así como el que hubo entre dos proyectos políticos en el interior de los grupos cimarrones.

Sin embargo, lo que poco se sabe es que la fundación de Amapa no detuvo del todo el ciclo de las insurrecciones, dado que en la zona de Córdoba se mantuvieron las esclavonías en los trapiches e ingenios de la región, y en esa zona ocurrió la última sublevación importante en 1805: la poco conocida rebelión de los esclavos de El Potrero y Ojo de Agua Chica, reprimida personalmente por el virrey Iturrigaray y que habría marcado un hito de haberse extendido.²² El virrey informa, después del levantamiento, que:

Los negros esclavos de las haciendas del Potrero y Ojo de Agua Chica se sublevaron pocos días ha, queriendo al parecer sustraerse de la esclavitud:

luego que tuve esta noticia, di las providencias convenientes para aquietarlos sin que omitiesen ninguna de las que tuvieron en su arbitrio el coronel del Regimiento Provincial de las Tres Villas, los Alcaldes ordinarios de la ciudad de Córdoba y el Gobernador de Veracruz, aunque la tropa de esta plaza no llegó oportunamente; pero al fin, con la de dicho Regimiento Provincial y el Paisanaje se ha logrado reducir a unos y aprisionar a otros, de modo que todo está sosegado hasta los últimos avisos que he recibido, habiendo quedado por ahora en Córdoba cien hombres del Batallón Fijo de Veracruz que subsistirán allí hasta que todo se halle enteramente tranquilo [...] a sofocar en su origen esta efervescencia de los esclavos, cortada ya en mi concepto.

Sin embargo, la importancia de esta revuelta es que se vuelve a expresar después de estallada la guerra de independencia, pues en los primeros meses de 1811, y cuando la rebelión de Hidalgo se batía en retirada, el cura de la parroquia náhuatl de Zongolica, ubicada en las sierras de esa región cercana a Orizaba, un tal don Juan de Moctezuma y Cortés, abrazó la causa insurgente y recorrió en armas la región de Córdoba recogiendo a su paso las guerrillas de cimarrones rebeldes que habían quedado dispersas después de la rebelión de El Potrero y Agua Chica, bajo la “petición blasfema” de que murieran los gachupines, agregada

al lema pintado en sus estandartes: “Viva nuestra María Santísima de Guadalupe”, “Viva la religión católica, viva Fernando VII, viva la América y muera el mal gobierno” –según Patricia Cruz Pazos, el padre homónimo de este párroco insurgente (nunca mencionado en el estudio que ella hace) fue cacique de Tepeji de la Seda, y su madre, Mariana Micaela de la Cruz, era “mulata de color *cocho*”, lo cual explica que se le describa como “algo mulato” y su aparente influencia no sólo sobre los indios nahuas de Zongolica (pues hablaba su lengua), sino también sobre los negros y mulatos de los valles de Orizaba y Córdoba–.²³ Moctezuma y Cortés (1754-1816) era miembro de una familia de caciques de Tepeji de la Seda (Puebla), se decía descendiente de Moctezuma, era mulato –este origen materno le acarrearía el repudio de su familia de caciques indios– y había nacido además en un pueblo que había sido encomienda de Martín Cortés, cuyo apellido también tomaron los caciques de la zona. Ésta sería en todo caso la única rebelión de esclavos que, además de contribuir al estallido de la guerra en el camino de Veracruz-Orizaba-México, ayudó a matizar la idea de un grupo social –los esclavos negros y mulatos–, al cual se le atribuye una gran pasividad en esos años de turbulencia.

Pero no solamente se trata de una extensa rebelión olvidada: también es significativo el hecho de que la revuelta, al igual que la de Ñanga y la de los morenos de Amapa, haya concluido en 1812 con la fundación de un tercer “pueblo de negros libres” ubicado en Palma Sola,

cerca de San Juan de la Punta: avalado esta vez, ya no por la Corona española, sino por el ejército insurgente, el *Alojamiento Nacional* o “campamento insurgente de esclavos” se conformó con los esclavos insurrectos que conducía Juan Bautista, un mulato miliciano de la tropa del cura Alarcón –se ubicaba en Palma Sola, al sur de Omealca, cerca del camino que conduce al ingenio de Mozorongo (llamado así desde el siglo XVII por la etnia a la que pertenecía la mayor parte de sus esclavos: los mwesi longo, o mussorongo, del río Congo), y lindaba también con tierras del mayorazgo de los Rivadeneira, quienes en esa ocasión permanecieron neutrales; en aquel momento el adjetivo *nacional* sustituyó al de *real* o *del rey* en varios sitios del centro de Veracruz: por ejemplo, Puente del Rey pasó a ser Puente Nacional, y Paso Real, frente a Alvarado, se volvió Paso Nacional, mientras que los insurgentes se llamaban a sí mismos “los nacionales”-. De este emplazamiento, protegido por los rebeldes, no se supo más después de 1820. En abril de 1812 salió de Zongolica un tal Agustín Portas, subordinado del cura Moctezuma, hacia los trapiches de Guadalupe y San Nicolás, y liberó a todos los esclavos. En esos días un mulato llamado Mariano Mota recorrió también las rancherías de Pueblo Viejo con un grupo de esclavos sublevados de El Potrero y de otras haciendas cercanas que habían participado en la rebelión de 1805, y se parapetó en Mata de Piña para resistir a los Patriotas (realistas) de Córdoba. Otras sublevaciones de esclavos y libres se dieron en el litoral de Barlovento,

en Tlapacoyan y Chicualoque (sierra de Papantla) en ese mismo 1812, y bajo los efectos de la expansión de las tropas de Morelos hacia Veracruz y Oaxaca.

En 1812, al moverse la guerra hacia la costa del Golfo, los insurgentes amagaron la mayor parte de las villas del centro de Veracruz y se dispusieron a capturar Orizaba capitaneados por varios párrocos de la región y de la vecina Puebla, que seguían las directrices del movimiento comandado por otro cura de origen “pardo”: el general José María Morelos y Pavón, en una rebelión mucho mejor organizada que el movimiento de Hidalgo, y que se movió desde la Tierra Caliente de Michoacán hacia Guerrero, las zonas cañeras del actual Morelos y el sur de Puebla, así como a Oaxaca y el centro de Veracruz, creando un corredor intercomunicado cuya base social era principalmente mulata. Como parte de esta movilización, animada aquí por el cura de Maltrata, Mariano de la Fuente y Alarcón,²⁴ tomaron una parte muy activa los negros esclavos de los trapiches de Segura y otros, quienes se sublevaron en masa ajusticiando a sus amos. Pero al ser derrotados por las fuerzas realistas, la mayor parte de ellos, amnistiada por un decreto, se integró a los asalariados del puerto de Veracruz, encargada en el muelle de la carga y descarga, contando con la protección del entonces gobernador realista del puerto, el general José García Dávila –según Carlos María de Bustamante, que edita y anota la historia del padre jesuita Andrés Cavo–,²⁵ quien controlaba muy bien a estos fugados y los vigi-

laba de cerca, pues, según Bustamante, “este jefe era virtuoso y amigo de la humanidad hasta el punto de curarles con sus propias manos las llagas gangrenosas a los negros. Yo me hallaba allí preso y atesto de sus sublimes virtudes. Hoy no hay un esclavo en este venturoso país de libertad. Afectamos menos filantropía que los ingleses, y practicamos más el Evangelio en esta parte”. La toma de Orizaba, a pesar de los temores que había desatado el movimiento, se efectuó el 28 de mayo de ese año de manera menos violenta que las incursiones en Puebla, mientras los realistas se atrincheraban en Córdoba, pues, como lo relata Hernández Guzmán:

Gran alarma se generó entre los habitantes de la villa de Orizaba, al saber que las tropas de Nacionales se aproximaban comandadas por Juan Moctezuma y Cortés, cura de Zongolica, Mariano de las Fuentes y Alarcón, cura de Maltrata, José María Sánchez de la Vega, vicario de Tlacotepec, José Antonio Arroyo, proveniente de Tlaxcala y Miguel Moreno, acampado en Maltrata. Gracias a la visita que hicieron a Maltrata el cura Palafox y Rafael García, al conferenciar con los Nacionales, lograron parlamentar, haciendo que la toma de Orizaba se realizara sin afectar a la población, pues los temores se intensificaron al saberse la noticia de que el cura José María Sánchez de la Vega había entrado con su división a Tehuacán decapitando a 48 europeos.²⁶

Eso sí, la guerra civil que condujo a la independencia no fue nunca en Veracruz una guerra de las proporciones que adquirió en el Bajío o en el centro, aunque hubiera sido precedida por acciones de cimarronaje y por luchas antifiscales muy localizadas entre las “castas” y algunas comunidades indígenas –y tampoco responde a la generalización de que la guerra fue fundamentalmente encabezada por los “indios”–.²⁷ Habrá en principio algunas escaramuzas que serán más constantes en la zona central –Veracruz, La Antigua, Córdoba, Orizaba y Xalapa–, lo que definirá la relativa centralidad de un conflicto que prácticamente no se extendió hacia el sur o el norte, salvo por breves momentos. En el interior, las bandas rebeldes merodearon durante los años de la guerra obstruyendo los caminos principales y secundarios, mientras algunos caudillos realistas, nativos de la región, las combatían o se servían de ellas.

Cuando sobrevino la guerra de independencia y por lo menos hasta 1816, las milicias jarochas de pardos y morenos siguieron siendo leales a la Corona y estaban bajo el control militar de sus comandantes criollos y peninsulares, algunos de los cuales habían ya constituido cacicazgos regionales muy elaborados. Tal sería el caso del joven militar Antonio López de Santa Anna, quien tenía un especial ascendiente en la región del Jamapa gracias a que un tío suyo –don Ángel– era uno de los principales escribanos del puerto, y muchas veces se ocupaba de los pequeños asuntos de la gente

del lugar, y a que otro tío suyo, José Antonio López de Santa Anna –alias el Padre Torero–, había sido párroco de Medellín y establecido redes inmensas de lealtades entre los jarochos al bendecir y propiciar sus “fandangos y francachelas” antes de ser desterrado por el Santo Oficio a Teziutlán, en la sierra de Puebla, acusado del delito de “solicitud”, un pecado constante que solía cometer con sus fieles mulatas, mestizas, españolas e indias en el confesionario. Sin embargo, los jarochos de Medellín (hoy Medellín de Bravo) se volvieron insurgentes antes que Santa Anna, y estuvieron a punto de ser sometidos a una guerra de “tierra arrasada”, de no ser por la actitud negociadora de García Dávila.

Pero cuando Antonio López de Santa Anna y otros militares realistas se pasaron al bando insurgente, las *milicias jarochas*, como ya se llamaba a los antiguos cuerpos de “pardos y morenos”, se convirtieron en la mejor base armada contra los españoles y en los mejores defensores, después de 1821, contra un eventual desembarco de los realistas, que permanecieron acuartelados, con abastecimiento proveniente desde La Habana, y bombardearon el puerto desde la fortaleza hasta 1825, con lo cual obligaron a que la mayor parte del tráfico naval se trasladara al vecino desembarcadero de Alvarado. En ese momento, los “hombres de mezcla” se reivindicaron y aparecieron bajo una nueva dimensión ante las autoridades nacionales. Bajo la protección de don Guadalupe Victoria, que se había establecido en Xalapa antes de 1821, estas milicias pasaron de ser una

“chusma” indistinta a ser el baluarte de la identidad regional.²⁸ Así, y por los caminos intrincados de la historia, un grupo de gente reclutada entre el bajo pueblo del mundo colonial pudo colocarse, en el contexto de la revolución popular más prolongada de la América española, como la base de lo que serían después los orígenes de las tropas y la oficialidad de las fuerzas armadas surgidas del conflicto.

Hasta aquí lo más visible es que cada región tuvo sus particularidades, sus espacios y ejes de expresión, dependiendo siempre de las condiciones anteriores el comportamiento de los estamentos y clases ante la guerra. En las costas del Pacífico –el “Sur”–, que es donde se desplegó el movimiento del cura Morelos una vez derrotados Hidalgo y sus huestes, se tuvo en lo general una actitud favorable a la causa insurgente: la Tierra Caliente de Michoacán, las costas de Michoacán y Guerrero y luego un movimiento creciente que subió del litoral hacia el actual Morelos y sur de Puebla estableciendo ese corredor que conectó a las costas de Guerrero con las de Veracruz. Como lo han demostrado varios estudios, la población de negros y mulatos era la más visible en estas regiones cálidas, pero el comportamiento de su gente fue radicalmente opuesto, por ejemplo, en la Costa Grande y en la Costa Chica de Guerrero.²⁹ En la primera región, contigua a Michoacán y hasta el puerto de Acapulco, los negros y mulatos –llamados aquí “criollos”– se sublevaron en respuesta al llamado de Morelos, destacando algunos

caudillos locales como Mariano Tavares o Hermenegildo Galeana y sus hermanos (con calidad de “pardos”, al igual que Morelos y Vicente Guerrero), junto con las milicias bajo su mando, mientras que en la Costa Chica y la vecina costa de Oaxaca las masas rurales, en su mayoría de negros y mulatos, abrazaron la causa realista, reclutándose entre ellos mucha de la tropa que combatió a los insurgentes en el centro del país. Allí se había establecido desde antes una rivalidad entre los pueblos de indios que habitaban las partes más altas (Igualepa, Ayutla y otros) y los negros y mulatos de la planicie costera. Así, al sublevarse los primeros por añejos conflictos de tierras, los segundos –con sus capitanes, a quienes eran leales por mantenerles sus privilegios– optaron por sumarse a la causa realista y combatir a los sublevados.

En otros entornos, como la Huasteca veracruzana, en donde se asentaba una fuerte población mixta y milicias de pardos y morenos, tal y como ocurría en Tamiahua y Ozuluama, la actuación de estos grupos –armados desde fines del XVIII– dependió de las actitudes y lealtades políticas de sus caudillos, quienes paulatinamente se fueron inclinando hacia la emancipación, sobre todo después de los desencantos que en la Nueva España causara el retorno de Fernando VII al trono español en 1818. En la región de los Ahualulcos, en los límites de Veracruz y Tabasco, varios movimientos de caudillos pardos insurgentes, que como Atanasio de la Cruz habían sido caudillos milicianos,

solamente continuaban luchas anteriores y activaban extensas franjas de bandidismo que se remontan a medio siglo antes de 1810.³⁰ De este modo, gran parte del papel jugado por dichos milicianos y antiguos milicianos es revelador de la *geografía de los privilegios*: pues en los lugares en donde el tributo había sido abolido predominaban las lealtades realistas, y en donde los conflictos por las exenciones habían sido fuertes, predominaban las actitudes rebeldes.

Más al interior montañoso de Guerrero fueron los “criollos”, hijos de españoles, los que dirigieron la lucha independentista (como Nicolás Bravo y su familia), lo cual demuestra, en todo caso, que las redes de lealtad se construyeron sobre las actividades de la arriería, pues Morelos y todos los jefes locales se conocían desde antes como arrieros, siendo todos también hijos de arrieros –aunque casi nadie ha seguido esa línea, podemos decir que los arrieros fueron a esa guerra lo que los ferrocarriles a la Revolución de 1910-1920: medios indispensables de transporte, relación social, movilidad y avituallamiento–.³¹ A través del trasiego de mercancías, los transportistas tenían acceso a mulas, aperos, refugios y mesones dentro de la cadena de centros de mercado interiores que enlazaban los puertos con la Ciudad de México, y establecieron desde antes redes de compadrazgo y confianza que durante la guerra se “tensaron” y se desarrollaron al máximo. El uso que hicieron los caudillos locales, con tropas a su mando, de las redes de arriería y de las complicidades urbanas

que aseguraban el suministro de los núcleos rebeldes demuestra el genio militar de Morelos y la causa de que haya logrado constituir gobiernos alternos en Chilpancingo, Acapulco, Oaxaca y otras ciudades, con lo que se prefiguró el orden ulterior a la consumación de la independencia.

Pl. 23.

XIX. 662.



Milicianos pardos en Coahuila de Zaragoza en 1828.
Litografía de Claudio Linati

A manera de conclusión

UNA VEZ CONCLUIDA LA LUCHA y a lo largo del XIX quedarán las “castas” excluidas del vocabulario oficial, en virtud de que representarán, junto con la esclavitud, los referentes más odiados del antiguo régimen, la marca de la ignominia colonial. Los registros civiles y eclesiásticos borrarán cualquier mención a la “calidad” de las personas, lo cual –aunado a la idea posterior que se hace de esa lucha y sus referentes– terminará por invisibilizar las diferencias étnicas e identitarias en el “magma” indistinto de la nueva ciudadanía real e inventada. Como resultado, todos los actores y la totalidad del cuerpo social aparecerán mencionados como “mexicanos” en los registros, lo cual incomodará a los historiadores, pero reflejará sin duda la radicalidad discursiva en que se debatió esta larga guerra civil.

Es así como, en un horizonte de variada integración, los negros y mulatos novohispanos se convertirán en supuestos ciudadanos de un naciente Estado nación, lo cual le dará a la guerra de independencia

un sello particular. Si alguien tuviera la intención de conferirles a estas luchas un carácter exclusivo o excluyente, tendría que modificar todas las evidencias documentales y el desarrollo tumultuario de aquellos acontecimientos, pues los “héroes” conocidos y anónimos de esa gesta, por la propia naturaleza de sus demandas y del espíritu revolucionario de la época, jamás habrían puesto por delante su condición racial o étnica, y en cambio sí la creciente aspiración de ser “americanos” con iguales derechos y obligaciones, un factor que en sí concentra el sentimiento incluyente de muchos de los grupos políticos que hicieron posible el movimiento de independencia.

Notas

- 1 Véanse, por ejemplo, los ensayos de Vincent (*The Legacy of Vicente Guerrero* y “The Blacks Who Freed Mexico”).
- 2 Aguirre Beltrán, *La población negra de México*, p. 341.
- 3 Knight, “La identidad nacional mexicana”, p. 84.
- 4 Marchena Fernández, *Ejército y milicias*, pp. 64-65.
- 5 Seijas y Lobera, *Gobierno militar y político*, p. 586.
- 6 Cf. “El Virrey Conde de la Monclova (1686-1688) informa a SM de lo que ejecutó en el Presidio de Vera Cruz a causa de un motín capitaneado por un Teniente”, 15 de enero de 1688, AGI, México, 57, R2, N22.
- 7 Los dos últimos grandes motines están reseñados en: “Sublevación de la guarnición en San Juan de Ulúa”, 25 de noviembre de 1717, AGNM, *Reales Cédulas Originales*, 38, 48: 130-133 y “Tumulto en la guarnición de Veracruz por pagos atrasados”, 30 de noviembre de 1718, AGNM, RCO, 39, 151: 367 y ss.
- 8 Seijas y Lobera, *Gobierno militar y político*, p. 253.
- 9 Seijas y Lobera, *Gobierno militar y político*, p. 255.
- 10 Seijas y Lobera, *Gobierno militar y político*, pp. 417-418.
- 11 Seijas y Lobera, *Gobierno militar y político*, pp. 418-419.
- 12 Cf. Booker, “Needed but Unwanted”. Véase también: “Veracruz: Negros atrevidos de los Batallones de Pardos”, 11 de julio de 1785, AGNM, *Indiferente de Guerra*, 307 B: 1-8v.
- 13 Cf. Vinson III, “Los milicianos pardos”, p. 99.
- 14 “Censo levantado por Joaquín de Larrazábal”, Cosamaloapan, 2 de diciembre de 1799, AGNM, *Tributos*, 51, 6: 84-145.
- 15 Archer, *El ejército en el México borbónico*, p. 284.
- 16 Citado por Archer, “Pardos, Indians”, pp. 236-237.
- 17 Veracruz, 27 de diciembre de 1780, AGNM, *Indiferente de Guerra*. 214-A, 4 ff.
- 18 26 de enero de 1799, AGNM, *Indiferente de Guerra*, 47-B.

- ¹⁹ Semprún y Bullón de Mendoza, *El ejército realista*, p. 77.
- ²⁰ Véase Tutino, *De la insurrección a la revolución*.
- ²¹ Cf. García de León, *Tierra adentro*, cap. XVI, “Mandinga o la república de los morenos”.
- ²² Una importante documentación de esta olvidada rebelión de las esclavonías de Córdoba, la última del ciclo iniciado desde 1739, se halla en: “El virrey de Nueva España José de Iturrigaray avisa lo ocurrido en dos haciendas de la jurisdicción de la villa de Córdoba con los Negros esclavos”, 26 de febrero de 1805, AGI, *Estado*, 30, N63; véase también el ciclo completo en: “[...] Sublevación de los negros esclavos de las haciendas del Potrero y Ojo de Agua Chico, jurisdicción de Córdoba, y quejas de éstos por malos tratamientos”, 1748-1805, AGNM, *Real Audiencia*, 2506, 2.
- ²³ Cf. Testigo Ocular, *La guerra de independencia*. Véanse otras fuentes de la época: Anónimo, *La insurgencia en la Antigua Veracruz, 1812*, e Isassi, *Memorias de lo acontecido en Córdoba*. Asimismo, véase el interesante estudio de Cruz Pazos, “Juan de Moctezuma y Cortés”.
- ²⁴ Cf. “Registro de la permuta por Manuel de Cubas, cura de San Pedro Maltrata y Mariano de la Fuente y Alarcón, cura de San Pedro Tequilan, sobre sus beneficios”, 1809, AGNM, *Indiferente Virreinal*, 2462, 9.
- ²⁵ Cavo, *Los tres siglos de México*, t. I, p. 253.
- ²⁶ Hernández Guzmán, “Orizaba en la independencia”, p. 113.
- ²⁷ Tesis planteada por Eric Van Young en *La otra rebelión*.
- ²⁸ Cf. Ortiz Escamilla, “Las compañías milicianas”.
- ²⁹ Véanse en particular los ricos y sugerentes ensayos de Hernández Jaimes, *Las raíces de la insurgencia*, y de Guardino, “Las bases sociales”.
- ³⁰ Cf. Rico Medina, “La conspiración de los pardos”.
- ³¹ Es la tesis bien desarrollada por Montaña Lucero, “Algunas consideraciones”.

Referencias

Archivos

- AGI Archivo General de Indias, Sevilla, España.
AGNM Archivo General de la Nación de México, Ciudad de México, México.
AGS Archivo General de Simancas, Valladolid, España.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *La población negra de México. Estudio etnohistórico*, segunda edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1972 [primera edición, 1946].
- Alamán, Lucas, *Historia de Méjico. Desde los primeros movimientos que preparaban su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, parte primera, tomo III [de cinco], México, 1850.
- Archer, Christon I., “Reflexiones de una época de guerra total: el impacto de la defensa marítima de Nueva España entre 1787 y 1810”, en Juan Marchena y Manuel Chust (eds.), *Por la fuerza de las armas. Ejército e independencias en Iberoamérica*, Barcelona, Universitat Jaume I, 2008, pp.239-275.
- *El ejército en el México borbónico, 1760-1810*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- “Pardos, Indians, and the Army of New Spain: Inter-relationships and Conflicts, 1780-1810”, *Journal of Latin American Studies*, 1975, vol. 6, núm. 2, pp.231-255.
- “The Key of the Kingdom. The Defense of Veracruz, 1780-1810”, *The Americas*, abril de 1971, vol. XXXVIII, núm.4, pp.426-449.

- Booker, Jackie Robinson, "Needed but Unwanted: Black Militiamen in Veracruz, Mexico, 1760-1810", *The Historian*, 1993, vol. 55, núm. 2, pp. 259-276.
- Cáceres, Rina, "Políticas de control social para negros, mulatos y pardos libres durante el siglo xvii", *Dimensión Antropológica*, 2007, vol. 14, pp. 37-53.
- Castañeda García, Rafael, "Hacia una sociología fiscal. El tributo de la población de color libre de la Nueva España, 1770-1810", *Fronteras de la Historia*, enero-junio de 2014, vol. 19, núm. 1, pp. 152-173.
- Cavo, P. Andrés (de la Compañía de Jesús), *Los tres siglos de México durante el gobierno español hasta la entrada del Ejército Triguarante*, notas y suplemento de Carlos María de Bustamante, tomo I, México, Imprenta de Luis Abadiano y Valdés, 1836.
- Cruz Pazos, Patricia, "Juan de Moctezuma y Cortés: el ascenso al poder de un cacique indígena (Tepexi de la Seda, 1703-1778)", *Revista Española de Antropología Americana*, 2008, vol. 38, núm. 1, pp. 31-50.
- De la Serna Herrera, Juan Manuel, "Integración e identidad, pardos y morenos en las milicias y cuerpo de Lanceros de Veracruz en el siglo xviii", en Juan Ortiz Escamilla (coord.), *Fuerzas militares en Iberoamérica. Siglos xviii y xix*, México, El Colegio de México / El Colegio de Michoacán / Universidad Veracruzana, 2005, pp. 61-74.
- García de León, Antonio, *Misericordia. El destino trágico de una collera de apaches en la Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017.
- *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1518-1821*, México, Fondo de Cultura Económica / Gobierno del Estado de Veracruz / Universidad Veracruzana, 2011 [segunda edición, 2014].
- "Motines indígenas en el Sotavento veracruzano, 1716-1808: ¿Precursores de la Independencia?", en Miguel León-Portilla y Alicia Mayer (coords.), *Los indígenas en la*

Independencia y en la Revolución Mexicana, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Nacional de Antropología e Historia / Fideicomiso Teixidor, 2010, pp. 233-248.

——— “La línea de color. Notas sobre la población negra en los espacios rurales y urbanos de la Nueva España”, en Esteban Barragán López (ed.), *Gente de campo. Patrimonios y dinámicas rurales en México*, vol. 1, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2005, pp. 33-43.

——— “Las milicias de pardos y morenos en el Veracruz del siglo XVIII: una aproximación general”, *XXV Jornadas de Historia de Occidente. Ejércitos y rebeldes (9-10 octubre 2003)*, México, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas A. C., 2005, pp. 75-90.

Guardino, Peter, “Las bases sociales de la insurgencia en la Costa Grande de Guerrero”, en Ana Carolina Ibarra (coord.), *La independencia en el sur de México*, México, Facultad de Filosofía y Letras / Instituto de Investigaciones Históricas / Dirección General de Asuntos del Personal Académico-Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, pp. 33-57.

Hernández Guzmán, Dante Octavio, “Orizaba en la independencia. Los primeros años (1810-1812)”, en Carlos Serrano Sánchez y Yamile Lira López (coords.), *Estudios sobre la arqueología e historia de la región de Orizaba*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Antropología-Universidad Veracruzana, 2005, pp. 103-147.

Hernández Jaimes, Jesús, *Las raíces de la insurgencia en el sur de la Nueva España. La estructura socioeconómica del centro y costas del actual Estado de Guerrero durante el siglo XVIII*, México, H. Congreso del Estado de Guerrero / Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 2002.

- Humboldt, Alejandro de, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España (1802)*, estudio preliminar de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1984.
- Isassi, José Domingo, *Memorias de lo acontecido en Córdoba en tiempo de la Revolución, para la historia de la independencia mejicana (1827)*, México, Citlaltépetl, 1960 (Suma Veracruzana).
- Juárez Martínez, Abel, “Las milicias de lanceros pardos de la región sotaventina durante los últimos años de la Colonia”, en Juan Ortiz Escamilla (coord.), *Fuerzas militares en Iberoamérica. Siglos XVIII y XIX*, México, El Colegio de México / El Colegio de Michoacán / Universidad Veracruzana, 2005, pp.75-91.
- Knight, Alan, “La identidad nacional mexicana”, *Nexos*, agosto de 2010, núm. 302, pp. 84-92.
- La insurgencia en la Antigua Veracruz (texto anónimo), prologado por Leonardo Pasquel, México, Citlaltépetl, 1960.
- Marchena Fernández, Juan, *Ejército y milicias en el mundo colonial americano*, Madrid, Mapfre, 1992.
- McAlister, Lyle N., *El fuero militar en la Nueva España (1764-1800)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.
- Montaño Lucero, Leandro Guadalupe, “Algunas consideraciones sobre la arriería durante la guerra de independencia, 1810-1821”, Tesis de Maestría en Historia, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- Naveda Chávez-Hita, Adriana, “El fin de la esclavitud en las haciendas azucareras de Córdoba, Veracruz, 1810-1825”, manuscrito, 2004, 9 pp.
- “De San Lorenzo de los Negros a los Morenos de Amapa: cimarrones veracruzanos, 1609-1735”, en Rina Cáceres (comp.), *Rutas de la esclavitud en África y América Latina*,

- San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001, pp.157-174.
- ____ (comp.), *Pardos, mulatos y libertos. Sexto Encuentro de Afromexicanistas*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2001 (Biblioteca Veracruzana).
- ____ “Insumisos, rebeldes, huidos y cimarrones en Veracruz, Nueva España”, en Jaime de Almeida (organizador), *Caminhos da História da América no Brasil. Tendências e contornos de um campo historiográfico*, Brasília, Associação Nacional de Pesquisadores e Professores de História das Américas, 1998, pp.549-557.
- ____ *Esclavos negros en las haciendas de Córdoba, Veracruz, 1690-1830*, Xalapa, Centro de Investigaciones Históricas-Universidad Veracruzana, 1987.
- Ortiz Escamilla, Juan, “Las compañías milicianas de Veracruz. Del ‘negro’ al ‘jarocho’: la construcción histórica de una identidad”, *Revista Ulúa*, julio-diciembre de 2006, vol.8, pp.9-29.
- ____ (coord.), *Fuerzas militares en Iberoamérica. Siglos XVIII y XIX*, México, El Colegio de México / El Colegio de Michoacán / Universidad Veracruzana, 2005.
- Rico Medina, Samuel, “La conspiración de los pardos: Atanasio de la Cruz en Huimanguillo, 1814-1817”, manuscrito, Chihuahua, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2004.
- Rodríguez O., Jaime E., *La independencia de la América española*, México, El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Seijas y Lobera, Francisco de, *Gobierno militar y político del Reino Imperial de la Nueva España (1702)*, estudio, transcripción y notas de Pablo Emilio Pérez-Mallaína Bueno, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

- Semprún, José, y Alfonso Bullón de Mendoza, *El ejército realista en la independencia americana*, Madrid, Mapfre, 1992.
- Suárez, Santiago Gerardo, *Las milicias: instituciones militares hispanoamericanas*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, 1984 (Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 171).
- Testigo Ocular [Párroco de Córdoba]..., *La guerra de Independencia en la Provincia de Veracruz, según el manuscrito inédito de un testigo ocular, con anotaciones y comentarios* (1820), México, Cossío, 1943 (Publicaciones Históricas).
- Tutino, John, *De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940*, México, Era, 1990 (Problemas de México).
- Van Young, Eric, *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821*, México, Alianza, 1992.
- Velázquez, María del Carmen, *El estado de guerra en Nueva España, 1760-1808*, México, El Colegio de México, 1997.
- Vincent, Theodore, *The Legacy of Vicente Guerrero, Mexico's First Black Indian President*, Gainesville, University Press of Florida, 2001.
- "The Blacks Who Freed Mexico", *Journal of Negro History*, 1994, vol. 79, núm. 3, pp. 257-276.
- Vinson III, Ben, "Los milicianos pardos y la relación estatal durante el siglo XVIII en México", en Juan Ortiz Escamilla (coord.), *Fuerzas militares en Iberoamérica. Siglos XVIII y XIX*, México, El Colegio de México / El Colegio de Michoacán / Universidad Veracruzana, 2005, pp. 47-60.
- *Bearing Arms for His Majesty. The Free-Colored Militia in Colonial Mexico*, Palo Alto, Stanford University Press, 2001.

—— “Los milicianos pardos y la construcción de la raza en el México colonial”, *Signos Históricos*, diciembre de 2000, vol. II, núm.4, pp. 87-106.

Viqueira, Juan Pedro, “Reflexiones contra la noción histórica de mestizaje”, *Nexos*, mayo de 2010, núm. 389, pp. 76-83.

Von Mentz, Brígida, *Trabajo, sujeción y libertad en el centro de la Nueva España. Esclavos, aprendices, campesinos y operarios manufactureros, siglos XVI al XVIII*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1999.

**Mulatos y negros en las fronteras
de la Independencia
de Antonio García de León**

se terminó de imprimir en la Ciudad de México
en el mes de septiembre de 2021,
con un tiraje de 500 ejemplares,
más sobrantes para reposición,
en los talleres de Estampa Artes Gráficas,
Privada de Doctor Márquez 53, Colonia Doctores
Tels. 55 30 52 89 / 55 30 55 26
estampa.dirección@gmail.com

Con el fin de difundir el conocimiento histórico, la **COLECCIÓN MIRADAS A LA HISTORIA** convoca a reconocidos investigadores, quienes se acercan al pasado a partir de múltiples temas, personajes y testimonios.

Cuando evocamos la independencia de México, una guerra civil de once años de duración, aparecen en la memoria los héroes y las principales batallas, los españoles, los criollos y los indios. En este libro se analiza el papel fundamental que, tanto en el ejército borbónico como en las facciones realistas e insurgentes, desempeñó una franja de población olvidada: esclavos de origen africano, negros, mulatos y diversas comunidades de afrodescendientes. Personajes como Vicente Guerrero y José María Morelos pertenecían a estos sectores, pero también muchos otros grupos, de diversos oficios y regiones del país, todos ellos profundamente integrados a la sociedad mexicana.

ISBN 978-607-8740-22-2



SEP

SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA